

El amor que te mereces

NEFELIBATA



DARIA BIGNARDI

El amor que te mereces

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Título original: *L'amore che ti meriti*

© 2014, Arnaldo Mondadori, Editore S.p.A, Milano

© de la traducción, 2017 de Montse Triviño González

© de esta edición, 2017 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3^o B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoeeditions.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-16-3

Código IBIC: FA

DL B 23980-2016

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Severino. Y para Toni.

«La existencia de un mal se fundamenta siempre en la carencia culpable de amor, por parte de todos, hacia el portador del mal. El resultado es el principio de la solidaridad de todos los seres morales.»

MAX SCHELER

Alma

«Aal-maa-Maa-ioo, Aal-maa-Maa-ioo.»

Desde que le he confesado a Toni lo que sucedió hace treinta años, sueño que mi madre nos llama con su voz profunda, modulando las repeticiones musicales del «ma». Al mamaio es el sonido de mi primera vida, de mi vida feliz.

Lo vi, pronuncié «Ma-io» y se quedó en Maio para siempre: cuando los periódicos publicaron su verdadero nombre, pocos comprendieron que aquel Marco era mi hermano.

Era una tarde de junio que olía a tilo.

Maio me llevaba en la barra de la bici y pedaleaba pegado a los muros que el sol calentaba. Yo le pasaba los dedos por los labios y él trataba de mordérmelos. Cuanto más reía y me entusiasmaba yo, más fingía él que derrapábamos para hacerme gritar.

Mi bicicleta tenía una rueda pinchada y habíamos cogido la suya: conducía con una sola mano y con la otra sostenía un porro de marihuana de mala calidad, cultivada en el dique del Po.

Esa tarde habíamos ido a ver una película de Antonioni y, mientras volvíamos a casa, habíamos repetido hasta

el infinito la escena en la que ella le pregunta a él de qué huye. «Da la espalda a lo que tienes delante», había respondido él.

Antes de cenar, mientras la pizza se hacía en el horno y yo fumaba en el balcón, observando el vuelo de las golondrinas, Maio había salido de la ducha con el albornoz azul de nuestro padre y se había asomado a la ventana con los ojos cerrados y el pelo chorreante. Tras alzar la barbilla y abrir los brazos, había declamado:

–¿De qué huyes, Alma?

Cuando una peli nos gustaba, repetíamos durante días las frases más memorables.

La bicicleta traqueteaba por las calles empedradas y la barra del cuadro se me clavaba en el trasero. Maio, a propósito, pasaba por todos los baches.

–Me he puesto unos vaqueros muy gruesos, me hacen de cojín –canturreaba yo.

–Culito, culín, ya te daré yo el cojín –respondía él, en el mismo tono de voz.

Era delgadísimo y tan alto como yo. Hasta hacía apenas tres años, nos cambiábamos la ropa, pero luego a mí me habían crecido los pechos y se me habían ensanchado las caderas. Mi padre se alegraba de que por fin me hubiera desarrollado, pues mi retraso hormonal le hacía presagiar graves disfunciones. Se basaba en los pequeños detalles para pronosticar desde enfermedades, accidentes, quiebras financieras, suspensos y derrotas, hasta absurdos contratiempos cotidianos, como restaurantes cerrados, entradas agotadas y aparcamientos completos. Vivía siempre atemorizado ante la inminencia del desastre. Había previs-

to hasta el último accidente, luto y dolor... excepto el que nos destruyó.

Nuestros padres ya se habían marchado al campo y nosotros esperábamos las notas antes de reunirnos con ellos, aunque en realidad ya conocíamos los resultados: yo aprobaba todo, Maio suspendía.

Nuestro padre no se había enfadado, él sólo temía la proximidad de los problemas. Nuestra madre se había encogido de hombros: ella ya había dicho que mi instituto no era para Maio. Pero yo había insistido.

Maio era divertido, acomodaticio, un poco vago. No como yo.

Nos quedaríamos en la casa del campo para las clases de repaso, antes del viaje en tren a Bucarest. El mes de agosto, como siempre, lo pasábamos en la playa.

Nos hacían felices aquellas últimas noches sin padres y estábamos nerviosos porque se acercaban las vacaciones. Iba todo bien.

En la plaza, ante el grifo de mármol –nuestro punto de encuentro–, sólo estaba Benetti. Era domingo, algunos se habían ido a la playa y aún no habían vuelto. Michela, tostada por el sol y reluciente de crema, no tardaría mucho en llegar y entonces iríamos juntos a tomar una cerveza en el Mago. Aquella tarde, el crepúsculo no tenía fin.

Tenía diecisiete años y no sabía que éramos felices.

Antonia

Me tumbo de espaldas. Sobre el costado izquierdo, luego de espaldas y otra vez sobre el costado derecho. Hace dos meses que sólo puedo dormir así. La barriga es esférica, como una pelota, y he engordado cinco kilos. Los justos, según mi ginecóloga. Pocos, según Leo.

Leo duerme bocabajo, el muy afortunado, con un brazo colgando fuera de la cama. Me tumbo de nuevo sobre un costado y lo observo fijamente para ver si se despierta. El lunes me marchó y aún no le he dicho nada. Tengo que hablar con él ahora. Le soplo en una mejilla.

–Hum... ¿qué pasa?

–Hola, buenos días.

–Buenos días... ¿Hora? –farfulla.

–Las nueve pasadas.

–¡Es pronto! No seas mala, Toni –se lamenta, mientras se da la vuelta y se tapa la cabeza con la sábana.

Sólo puede levantarse tarde el sábado porque el domingo siempre surge alguna emergencia: atracos del sábado por la noche, llegada masiva de aficionados al fútbol... Hasta los homicidios son más frecuentes durante la madrugada del domingo. El resto de los días se levanta a las siete, mucho antes que yo.

–Tengo que hablar contigo –le digo.

Lo veo asomarse muy despacio bajo la sábana, como si fuera una tortuga que sale de su caparazón. Levanta un párpado y me observa con un ojo saltón y ya nítido.

—¿Qué pasa?

—El lunes me voy a Ferrara y me quedaré allí unos días.

—¿A Ferrara? ¿Por qué?

Ahora ha abierto los dos ojos, pero los deja entornados, como si la luz le molestara, y me observa desde debajo de la almohada. Estoy apoyada sobre un codo y mi pelo le roza la nariz. Pero no se mueve, parece un gato paralizado por los faros de un coche, con el pelo tieso y las orejas gachas.

—Tengo que investigar sobre un asunto de familia.

Poco a poco, se incorpora hasta sentarse con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Ahora sí tiene los ojos abiertos como platos y me observa con perplejidad.

—¿Qué es lo que tienes que hacer?

—Te lo acabo de decir.

—¿Embarazada de seis meses?

Está acostumbrado a mis viajes y a mis investigaciones. Una pequeña editorial de Bolonia me ha publicado tres novelas policíacas y, de vez en cuando, voy a documentarme al escenario del crimen. De hecho, así es como nos conocimos. Pero desde que espero a Ada, no he ido a ninguna parte.

—Precisamente por eso, tengo que ir ahora que aún puedo.

—¿Y adónde vas?

—¿Estás despierto o no? A Ferrara, la ciudad de mi madre. Aquí al lado.

—¿Y por qué no vuelves a casa a dormir?

Ferrara está a menos de una hora en tren desde Bolonia, pero para mí es como si estuviera en la luna. Cuando era

pequeña, íbamos de vez en cuando –al cementerio–, pero ya hace como veinte años que no hemos vuelto a ir.

Hasta hace tres días, mi madre no hablaba nunca de Ferrara ni de su familia. Lo único que sabía yo era que estaban todos muertos. Creía que los recuerdos la entristecían y, en un momento dado, dejé de preguntar.

–Necesitaré tiempo, mejor que duerma allí.

Ahora ya está totalmente despierto.

–Enseguida vuelvo –dice, al tiempo que saca las piernas de la cama– y me lo explicas.

Mientras está en el baño, corro las cortinas y abro los postigos. Nuestra habitación da a un balcón y es muy luminosa. Estamos a principios de marzo, aún hace frío y las plantas de las macetas están heladas. Me pongo un jersey encima del camisón y noto que Ada se mueve. La ginecóloga me dijo ayer que ahora mismo es como un plátano grande. «Como un plátano gigante», matizó.

Vuelvo a taparme con las mantas, estoy helada. Me gusta hablar en la cama, es como estar flotando en una nube, o en una barca. Es una zona franca. Me viene a la mente un poema de Stevenson que dice así: «Mi cama es una barquita». Quién sabe si a Ada le gustará leer. De niña, yo leía un libro al día, hasta el punto de que Alma me decía que para un poco, que saliera a jugar, que no fuera compulsiva. Yo no sabía qué significaba «compulsiva», porque esa palabra no salía en mis libros.

Ahora que me ha contado la historia de su hermano, he entendido ese pánico suyo a las dependencias. Nunca entendí por qué yo era la única de mi clase a la que en casa reñían por leer demasiado.

Vuelve Leo. Con su pijama azul de popelina, que parece de abuelo. Ni mi padre, que le lleva más de treinta años a Leo, tiene un pijama como ése.

Leo es mayor que yo y ya había estado casado antes, pero no había tenido hijos. Cuando nos conocimos, se estaba separando de su mujer, Cristina.

–Menos mal que te lo llevas tú, no me hubiera gustado nada que se quedara solo –me dijo ella la primera vez que nos vimos.

Cristina es jueza. Es una mujer expeditiva, siempre muy ocupada, inteligente. Me cayó bien enseguida.

–A Cristina sólo le importa su trabajo –me había contado Leo–. No le interesaba formar una familia, así que no sé por qué se casó conmigo.

–¿Y tú? ¿Por qué te casaste con ella? –le había preguntado yo.

–No sé nada de lo que hice antes de conocerte, así que no me lo preguntes. Hacía las cosas por hacerlas, como todo el mundo. Eres tú la que es especial.

Amo a Leo aunque no haya leído a Stevenson. Y por eso él no lo entendía, le dije. Si no lees no entiendes. «No si trabajas en la Policía –me había contestado él–. Cuando eres policía, ves de cerca todo lo que se lee en las novelas: amor, traición, muerte...»

–¿De qué va esa historia de Ferrara? –me pregunta cuando vuelve a la cama, mientras se tumba de lado y me apoya en la barriga una de sus enormes manos.

–Es una historia que tiene que ver con mi madre. ¿Te la cuento? –contestó, al tiempo que apoyó una mano sobre la suya.

–Adelante –dice Leo.

Se ha puesto las gafas y me observa con la misma expresión curiosa y atenta que tenía la primera vez que entré en su despacho de comisaría, hace cuatro años. En aquella ocasión, pensé que nunca había visto a un hombre con una mirada tan curiosa como la suya. Normalmente, son las mujeres las que miran así.

Alma

Benetti llevaba botas sin tacón y desprendía un olor ácido. Parecía saber algo que nosotros ignorábamos, me atraía y al mismo tiempo me producía rechazo. Aparecía muy poco, en horarios extraños, cuando nadie salía. Un domingo había llamado al timbre a las dos de la tarde para pedir una rodaja de limón y mi madre, que era farmacéutica, había entendido enseguida para qué la quería. Había movido la cabeza de un lado a otro, disgustada.

–Pobrecillo –había murmurado.

No nos había pedido que no saliéramos con él, pues confiaba en nosotros.

No sé qué es lo que me pasó por la cabeza aquella noche. Eran las nueve, pero recuerdo que aún era de día y que el mármol blanco de la catedral resplandecía entre los muros de los palacios, arrebolados por el sol. A aquellas horas era difícil que apareciera Michela. Seguramente había tenido que ayudar a sus padres en el bar.

–¿Y si nosotros también lo probásemos, sólo una vez?
–le propuse a Maio de repente, al tiempo que señalaba a Benetti con la cabeza.

Hasta ese momento, no se me había ocurrido jamás.

E imagino que a Maio tampoco.

Sin embargo, captó de inmediato lo que quería decir. Separó los brazos, alzó la barbilla, bizqueó y dijo:

—¿De qué huyes?

Y nos echamos a reír.

Siempre he creído que existen secretos que no se pueden revelar. Y nunca había hablado de todo esto con Antonia, por miedo a contaminarla con mi dolor.

Ni siquiera Franco, mi marido, conoce los detalles de lo ocurrido. Sabe que mi padre se suicidó, pero no cómo. Que mi madre se puso enferma, que nuestra familia se hizo añicos y que la culpa fue mía.

Él me ha cuidado, pero quien me ha salvado es Antonia: la tuve a los veinte años. Y ahora que ella también espera un hijo, ha llegado el momento de contárselo todo.

No le he dicho cómo desapareció su tío porque ni siquiera yo lo sé.

Corría el mes de enero. Un domingo por la mañana, nuestra madre entró en mi habitación. Se sentó en la cama y me puso una mano en la espalda.

La noche anterior yo había ido a una fiesta, pero no me había divertido: había vuelto a la una de la madrugada, en bicicleta, a través de una niebla espesa y húmeda. Antes de acostarme había terminado de leer *El gran Gatsby*, para consolarme tras una velada inútil. Desde que ya no salía con Maio, todos los demás me parecían aburridos.

Había apagado la luz a las dos de la madrugada, después de haber leído y releído la última frase del libro: «De esta manera seguimos avanzando con laboriosidad, barcos con-

tra la corriente, en regresión sin pausa hacia el pasado». Luego había dejado el libro en el suelo, junto a la cama, eufórica e infeliz. No podía ni imaginar que, a partir del día siguiente, también mi vida sería así.

Los domingos, Maio y yo solíamos dormir hasta tarde. Aquel año yo tenía el examen de Maturità,* por lo que sólo salía el sábado por la noche. Maio, en cambio, había empezado a salir todas las tardes y a regresar pasada la medianoche. Mi padre, siempre preocupado por todo, no parecía haberse dado cuenta. Tal vez le pareciera normal en un chico de una ciudad pequeña. Mi madre sospechaba, pero no decía nada, pues quien más le preocupaba era mi padre.

Los altibajos financieros de mi padre la habían obligado a conservar el trabajo en la farmacia que había conseguido en su época universitaria, cuando aún no se había licenciado. Si durante alguno de nuestros viajes alguien le preguntaba a qué se dedicaba, siempre respondía lo mismo: «Dependiente».

–¡Pero di que eres farmacéutica, Francesca! –la animaba mi padre.

–¿Y qué diferencia hay? –contestaba ella–. Vendo caramelos, compresas, tiritas... En el mejor de los casos, le tomo la presión a alguien.

No lo decía en tono de reproche. Había elegido aquella farmacia, la más grande de la ciudad, porque allí le permitían trabajar sólo media jornada. Tenía dos hijos y un marido que, en realidad, era como un tercer hijo. Pero ella lo

* Equivalente italiano del examen de Selectividad. (*N. de la T.*)

amaba. En la época de mi madre, por otro lado, cuando una mujer se casaba no se pasaba la vida preguntándose si había elegido al hombre adecuado.

Yo creo que no era el adecuado.

Mi padre era un hombre muy absorbente: era aprensivo, inconstante e impredecible en todo excepto en su pesimismo. Ahora sé que sufría una depresión, aunque por entonces no me daba cuenta. Se mostraba lento, pasivo y silencioso en invierno, pero eufórico durante el verano. Se apagaba a principios de noviembre y se reactivaba en mayo. Su padre le había dejado en herencia una finca en el campo y, si bien pasaba mucho tiempo en aquella casa situada bajo el dique del Po, era un pésimo administrador. Pescaba, paseaba con el perro y trataba de ocuparse de las tierras, aunque en realidad era el masovero quien tomaba todas las decisiones.

Si estaba de buen humor, decía que eran los cultivos de cáñamo los que lo habían hecho enloquecer. Que en su familia estaban todos chalados. Cuando se lo conté a la psicóloga a la que me enviaron tras la desaparición de Maio, ella intentó hacerme creer que el hecho de que Maio fuera propenso a las dependencias era hereditario y que lo había adquirido de nuestro padre.

Pero nadie podrá convencerme jamás de que si aquella noche de junio yo no le hubiese propuesto probar la heroína, él habría acabado haciéndolo de todos modos.

De no haber sido por mi insensata ocurrencia, mi hermano seguiría vivo y, probablemente, también mis padres. Mi padre chocheando y mi madre llena de achaques, pero vivos. Se habrían ido a vivir al campo y nosotros iríamos a

verlos de vez en cuando. Comeríamos al sol y pasearíamos por el dique con los perros. Antonia habría tenido abuelos y primos, y yo una vida distinta.

Maio jamás habría reunido el valor necesario para pincharse si yo no se lo hubiera propuesto, de eso estoy segura. No es una obsesión, es una constatación. Él no decidía nada, me imitaba en todo lo que yo hacía, confiaba en mí. Todos confiaban en mí.

Pero lo estropeé todo, y me merezco el infierno que he vivido día tras día.

Me giré hacia ella y le toqué la mano que me acariciaba la mejilla. Reconocí por el tacto el anillo que llevaba sobre la alianza, un pequeño zafiro circundado de brillantes, el mismo que yo le he regalado a Antonia.

La mano helada y la piedra me alarmaron. No era mi padre, que era quien normalmente nos despertaba. Algo estaba pasando.

—¿Qué pasa?

—¿Viste a Maio anoche? Aún no ha vuelto y ya son las nueve de la mañana.

—Yo estaba en casa de Laura Trentini, sabes que él ya no sale con nosotros.

A aquellas alturas, ya llevábamos vidas distintas. Tras sus interminables rituales de compraventa, Maio solía terminar la noche en una miserable cervecería que respondía al pretencioso nombre de Paul Verlaine.

—Se habrá quedado dormido en algún lado, en casa de alguien —dije.

No me costaba imaginar la escena. Colocado hasta las cejas, podía haberse desplomado en cualquier parte: en un coche, en unos lavabos públicos... Luego volvería a casa sucio y descompuesto, o indiferente y pacífico, según lo que hubiera conseguido meterse.

–Sí, yo también lo pienso. Pero le he dicho a tu padre que pasaría la noche fuera, para que no se preocupe.

–Entonces, ¿por qué me has despertado?

Era insólito que mi madre hiciese algo sin tener un motivo, pues no era una persona impulsiva.

–Es que acabo de escuchar una noticia en la radio. Esta noche... –empezó a decir, pero enseguida se interrumpió y me cogió la mano.

–Dime.

Me senté en la cama y encendí la lámpara de la mesita de noche. Mi madre se había puesto encima del camión una chaqueta de lana blanca con botones de nácar. Siempre iba muy elegante, incluso cuando se acababa de levantar. Me gustaba aquella chaquetita. Se la había hecho ella misma a ganchillo.

Me avergoncé de mi ropa de la noche anterior, tirada sobre la silla, de las bragas aún en las perneras de los pantalones, de los calcetines tirados por ahí, del libro que había leído antes de dormir aún en el suelo, del aire viciado de la habitación... Quería abrir la ventana, ordenar, poner cada cosa en su sitio. No quería saber qué habían dicho en la radio.

–Esta noche han muerto dos chicos de sobredosis, los han encontrado dentro de un coche en Pontelagoscuro –dijo, al tiempo que me apretaba la mano.

Noté la vibración de una cuerda en el estómago. Una nota baja, grave.

—¿Han dicho los nombres?

—Renato Orsatti y Sandro Putinati, de veinte años. ¿Los conoces?

—No me suenan de nada.

—Eran de fuera, de Massafiscaglia. Pobrecillos.

El hecho de que fueran de un pueblo alejado de Ferrara me tranquilizó, no tenían nada que ver con Maio.

Mi madre, sin embargo, había sacado la conclusión lógica. Dos muertos por sobredosis significaba que estaba circulando una partida de heroína demasiado pura. Durante los meses siguientes, mientras se investigaba a los amigos de Maio y a los traficantes de la zona, se descubrió que muchos yonquis habían realizado un maravilloso viaje aquel mismo sábado por la noche.

Todos habían vuelto, excepto Renato y Sandro. Y Maio.

La diferencia era que Maio había desaparecido.